

dres han leído y meditado a fondo Phil 2, 6-7 en el sentido de que la *kénosis* desemboca necesariamente en la glorificación de la Humanidad de Cristo (y por tanto en la nuestra), y en tercer lugar porque la escolástica no quiso sino desarrollar los elementos ya presentes en la Patrística.

Muy acertado, en cambio, nos ha parecido el cap. sexto, que destaca también por su interés. Junto a la irracionalidad de las posturas del último Cox, el de *The Seduction of Spirit*, Mondin señala los interesantes fenómenos de vuelta a la metafísica por parte de algunos autores protestantes (J. B. Cobb, L. B. Gilkey y E. Mascall). De Cox se dice textualmente: "... si quiere conservar plausibilidad en el terreno teológico, Cox debería preocuparse de elaborar una antropología filosófica más sólida y no contentarse con lo que del hombre le hacen conocer los sociólogos, los psicoanalistas, los literatos, los directores de cine, etc. ... Cox es, por formación y por constitución, alérgico al pensamiento riguroso y sistemático; por naturaleza es un poeta y no un filósofo; posee el genio de la fantasía y de la improvisación. Su arquetipo mitológico no es Apolo, sino Sátiro, cuyas actividades predilectas son el juego y la juerga" (pág. 187).

Cierra el volumen un estudio de la situación de la Teología en Italia en los últimos cincuenta años, estudio sobrio y equilibrado.

En conclusión el libro de Mondin es indudablemente interesante y puede ser un notable subsidio didáctico, con las salvedades que se han dicho. No nos queda sino felicitar a su autor, deseándole al mismo tiempo que su defensa de la filosofía realista sea más confiada y optimista. La misma evolución de la Teología contemporánea demuestra que para producir algo válido en el terreno teológico hace falta una estructura filosófica apoyada en el ser.

Claudio BASEVI

HUBERT JEDIN, *Historia del Concilio de Trento. III. Etapa de Bologna (1547-1548). Segundo período de Trento (1551-1552)*. Versión castellana de Emilio Prieto Martín, revisada y corregida por profesores de la Facultad de Teología, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra ("Biblioteca de Teología", 11), 1975, 624 pp., 14 × 22.

Los dos períodos estudiados en este tomo III de la monumental *Historia del Concilio de Trento*, de Mons. Hubert Jedin, acusan ciertos rasgos comunes. Ante todo, la escasez de fuentes. De ahí que sean los menos conocidos y más difíciles de la larga historia conciliar tridentina. Ellos presentan cierta unidad. Dogmáticamente forman un todo. Van dirigidos principalmente contra los protestantes alemanes. Les envuelve una atmósfera común. Perdura todavía el influjo de Erasmo, del evangelismo y del irenismo. Se mantiene aún viva alguna esperanza, o mejor, alguna ilusión sobre el retorno de los hermanos separados y no se ha perdido del todo la creencia en la posibilidad del diálogo. En materia disciplinar el Concilio adopta una actitud minimalista, porque tanto Paulo III como Julio II temen una reforma a fondo de la praxis curial. Los resultados son igualmente decepcionantes. En el período boloñés no se promulga decreto alguno ni dogmático ni disciplinar. En la segunda etapa tridentina no se celebraron más que dos sesiones productivas, eso sí, de las más hermosas del Concilio.

A pesar de estos y otros rasgos comunes, cada período posee una personalidad inconfundible. El período boloñés corre el riesgo de convertirse en un concilio nacional italiano. Cuando al fin llega a Bolonia un fuerte grupo francés, enviado para ahondar el foso que separa a Carlos V de Paulo III, enarbola el estandarte del conciliarismo, lo que obliga al papa a replegar velas. La segunda convocatoria se caracteriza por la total ausencia del episcopado francés y la presencia relativamente numerosa del episcopado germánico. Por razones políticas, Enrique II prohíbe a sus obispos la asistencia a la asamblea tridentina y amenaza con un concilio nacional y un cisma. Y, siguiendo el ejemplo de su padre, se niega a reconocer el "conventículo" de Trento. En cambio acuden hasta catorce obispos alemanes, entre ellos los arzobispos y electores de Maguncia, Tréveris y Colonia. Por primera vez se trasladan al escenario conciliar teólogos protestantes debidamente acreditados por sus iglesias, aunque no llega a entablarse el diálogo, al menos a nivel oficial. Por primera vez también intervienen ocho doctores de la universidad de Lovaina, que aportan un mayor conocimiento del adversario que los teólogos meridionales y fortalecen el frente de la Teología positiva, imprescindible de todo punto de vista para dialogar y discutir con los reformadores (pp. 481, 441-442). Por primera vez los italianos

pierden su predominio numérico a beneficio de los imperiales y españoles. Los dos períodos conocieron tensiones políticas de carácter dramático, que condicionaron la andadura del Concilio y condujeron lentamente a su disolución extemporánea, "sin que se recompusiera el desgarrón producido en la túnica inconsútil de Cristo" (p. 592). De ahí que la historia externa ocupe tanto espacio, más de la mitad del volumen. Los temas debatidos no carecían de importancia: la teología sacramental, especialmente la Eucaristía y la penitencia, seguidas de la unción de los enfermos, el orden, el matrimonio, las indulgencias, el purgatorio, el sacrificio de la misa en sí mismo y en sus relaciones con la última cena y con el sacrificio de la cruz, la comunión bajo ambas especies, etc. Varios de estos temas se cribaron en Bolonia, lo que permitió en Trento llegar rápidamente a la formulación madura de los cánones y decretos de las sesiones XIII y XIV.

Quizá parezca a algunos excesivo el espacio concedido al período boloñés, más de la mitad del presente tomo. Pero todo el mundo estará de acuerdo en suscribir este matizado juicio del profesor Jedin: "El traslado del Concilio de Trento a Bolonia fue, desde el punto de vista jurídico, indudablemente válido, pero constituía un desacierto y terminó en fracaso. La epidemia extendida por Trento durante el Concilio, podía haberse eludido con una breve interrupción de las sesiones conciliares. Lo que pretendían los legados y la mayoría del Concilio con el traslado a Bolonia, esto es, librarse de la presión del poder imperial, no pudieron conseguirlo tampoco en la nueva sede del Concilio. La presión continuó, pero nunca fue tal que impidiera la libertad en los debates sobre las verdades de la fe" (p. 297-298).

Como se puede suponer, el autor domina a maravilla las fuentes, incluso las inéditas, muestra una excepcional capacidad de síntesis, una visión profunda de los problemas y una admirable ponderación de juicio. En ocasiones no deja de señalar las lagunas documentales y de sugerir nuevas pistas de investigación. A pesar de haber transcurrido unos veinte años desde la aparición del primer volumen, el autor no se ha apartado del método y plan primitivos. Desoyendo los cantos de sirena, se ha mantenido fiel a sí mismo, con lo que la obra resulta coherente y homogénea. Mons. Jedin puede estar seguro de que "esta exposición de conjunto, aun con sus fallos, no supondrá un obstáculo sino una ayuda para ulteriores investigaciones en torno al Concilio de Trento" (p. 14). Esperamos la pronta aparición del cuarto y últi-

mo tomo, del que sabemos que se está traduciendo al castellano aún antes de salir a luz la edición original alemana. Entonces quedará completa esta obra maestra de la investigación católica.

José GOÑI GAZTAMBIDE

José SÁNCHEZ HERRERO, *Concilios Provinciales y Sínodos Toledanos de los siglos XIV y XV. La religiosidad cristiana del clero y pueblo*, La Laguna, Universidad ("Estudios de Historia", 2), 1976, XIX + 388 pp., 17 × 25.

Desde hace varios años, el prof. Sánchez Herrero anda buceando la vida interna de la Iglesia castellano-leonesa durante la Edad Media. Concentra su atención en las instituciones eclesíásticas, la enseñanza de la doctrina cristiana, los concilios provinciales y los sínodos diocesanos, las fiestas, la práctica sacramental, el nivel moral del clero y de los fieles, las cofradías, los hospitales y la beneficencia. Su mayor satisfacción consiste en descubrir un catecismo desconocido o el texto inédito de un sínodo. Media docena de trabajos y su tesis doctoral en prensa giran en torno de esta temática.

El libro que presentamos supone un gran paso adelante. Después de las grandes colecciones conciliares de Loaysa, Saenz de Aguirre y Tejada, y de los trabajos del padre Fidel Fita ¿quién podría imaginar que dormían aún bajo el polvo de las bibliotecas nada menos que diecinueve concilios provinciales o sínodos toledanos de los siglos XIV y XV? Este ha sido el sensacional descubrimiento del prof. Sánchez Herrero. Los ha transcrito con la mayor fidelidad y los ha editado junto con otros once textos conciliares o sinodales, que eran ya del dominio público, precedidos de un estudio introductorio. Y como quien no da importancia a la cosa, los publica bajo el epígrafe de *Apéndice documental*, como si se tratase de algo secundario o de unos documentos meramente justificativos, cuando en realidad es lo que da un extraordinario valor a toda la obra.

La crítica encontrará quizá defectos o lagunas en los siete capítulos introductorios. Tal vez no esté de acuerdo con alguno